



PAGINAS

Nº 120
abril 1993

Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.

El sufrimiento humano, desafío para el creyente/ Jorge Alvarez Calderón

Introducción:

EL DESAFIO DEL SUFRIMIENTO

Una actitud de respeto y sentido del misterio

Abordar la cuestión del sufrimiento nos plantea de entrada la actitud que debemos tener frente a ese hecho doloroso. Ante la hondura de esa realidad que marca tan dramáticamente al mundo del pobre, es muy peligroso hablar. En el Libro de Job, a aquellos que hablan y pretenden darle una lección, se les llama en un momento dado "consoladores inoportunos". Viendo nuestros pueblos, y muy concretamente al pueblo de este país, tan largamente marcados por el sufrimiento, no podemos sino tener una actitud de gran respeto, casi diría primero de silencio, un no hablar.

En el texto de ese lamento ayacuchano que conocemos como el "coca quintucha", se da un diálogo con la hoja sagrada, la coca, que es también la hoja de la vida:

"Hojita de coca

hoja redonda

tú sabes mi vida, tú sabes mi llanto.

Lo que se llora en pueblo extraño.

* Charla pronunciada en la Jornada Teológica de 1989, organizada por el Departamento de Teología de la Pontificia Universidad Católica del Perú. El texto está inspirado en "La misión del pueblo que sufre" de Carlos Mesters.

*Lo que se sufre en pueblo ajeno.
El sol se eclipsa, la luna mengua.
¿Por qué delito sufro yo tanto?
¿Acaso he sido uno de aquellos
que llorar ha hecho a su padre,
que llorar ha hecho a su madre?"*

Honda pregunta, honda experiencia de este pueblo nuestro que mucho antes del movimiento migratorio ya se sentía en su tierra como en pueblo extraño y que, justamente por vivir esa situación de alejamiento de lo suyo, llora, sufre, siente que el sol se eclipsa, que la luna mengua; y siente, sin embargo, que su alma es pura, que no ha pecado, que no ha hecho llorar a su padre, que no ha hecho sufrir a su madre. Este lamento aya-cuchano nos interpela a una solidaridad y compromiso muy grandes con este pueblo que en estos últimos años está tan marcado por la muerte.

Ese sufrimiento humano es mucho más fuerte, mucho más profundo que la explotación; la opresión es una dimensión del sufrimiento humano, pero éste cala más hondo todavía. Cala en la desgracia, cala en el niño que muere, en la mamá que no puede dar alimento, en el canceroso, en el hombre que está en las punas y que no puede recibir atención médica; en el anciano, en el que está solo, en el pueblo pobre y sufriente. Es a partir de este pueblo nuestro que yo quisiera, respetuosamente, hablar sobre este tema.

Además de una actitud de respeto, diría también que es necesario tener, como creyente, un sentido del misterio que nos sobrepasa. El sufrimiento es algo que desde nuestro límite humano no podemos explicar en plenitud; y por eso quizás hay muchas explicaciones, pero todas se quedan cortas. El sufrimiento es un misterio que sólo puede mirarse y vivirse a partir de una afirmación de fe; que muchas veces es una afirmación de fe en la noche, como Abraham que creyó en la oscuridad, creyó que Dios era vida, que Dios era amor; creyó, aunque no pudo, como dice la epístola a los Hebreos, sino ver desde lejos el objeto de las promesas y saludarlas desde muy lejos (Hebr. 11, 13). Una actitud así debe ser la voz de los hombres y mujeres creyentes que quieren solidarizarse con este drama humano de nuestros pueblos.

Perspectiva: de fe a fe, de historia a historia

La perspectiva que quiero tomar para tratar este tema es la que Gustavo Gutiérrez llamó en cierta ocasión: "De fe a fe, de historia a historia"; desde la fe de nuestro pueblo que sufre, ¿cómo recibir la experiencia de la fe del pueblo sufriente de la Biblia? y desde la historia de sufrimiento de

este pueblo nuestro, ¿cómo encontrar el mensaje de la historia sufriente del pueblo de Israel? ¿cómo enriquecernos con esa experiencia de fe y con esa historia? ¿cómo descubrir a partir de allí ciertas dimensiones que, ojalá, nos permitieran ayudarnos a caminar de una manera más humana y por tanto más digna de Dios?

Algunas certezas de fe

Esa actitud y esa perspectiva, las vivimos también a partir de algunas certezas, que vienen de nuestra fe; porque aquí estamos reunidos como creyentes; creyentes en el Dios de la vida. Si bien hay muchas cosas que no podemos explicar, el haber sido convocados por la Palabra a esta comunidad de testigos del resucitado, nos plantea por lo menos dos certezas: la primera es que ese Dios es el centro de nuestra vida; al que la epístola a los Efesios llama "el Dios rico en misericordia", rico en sentimientos por aquel que está en situación de miseria, de sufrimiento y eso justamente porque es un Dios sensible. Recojo aquí de la Biblia tres pinceladas sobre ese Dios. Es un Dios que al principio de la historia de la salvación, en el Exodo (2, 24), oye el clamor del sufrimiento de su pueblo e interviene en la historia para liberarlo porque lo ama, porque es rico en misericordia. Es aquel Dios que, al final de la experiencia tan traumatizante y purificadora del exilio, muchos siglos después, se acerca para consolar al pueblo; así comienza el libro del segundo Isaías: "Consuelen, consuelen a mi pueblo" (Is. 40, 1); es el Dios compasivo, que sufre con el que está sufriendo. Finalmente, en el Evangelio encontramos la parábola del samaritano (Lc. 10, 29-36), que más que un ejemplo de lo que debe ser el discípulo del Señor, nos muestra el corazón mismo de Dios. Para la humanidad sufriente, Dios es como un samaritano con fibras de amor por el que sufre, que se acerca, que cambia de camino y que se solidariza. El Dios rico en misericordia, el Dios de la vida, ése es el Dios a partir del cual tenemos que vivir la experiencia del sufrimiento.

Pero aquel que reconoce a ese Dios rico en misericordia tiene que conocerlo en la práctica. Por eso nos dice el Evangelio: "Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia" (Mt. 5,4). Bienaventurados aquellos que en su práctica tienen un corazón como el de Dios. Esta es también una certeza que nos viene de nuestra fe, para poder acercarnos al problema del sufrimiento, sabiendo que, si bien muchas cosas no las vamos a poder comprender, hay una cosa clara desde el punto de vista de la fe: que aquel que no se acerca al sufrimiento como representante e imagen viva de Dios, no hace la práctica de Dios. La certeza consiste en que tenemos que practicar el rechazo al sufrimiento, tenemos que poner en juego en nuestra práctica esas fibras de sentimiento humano, que incluyen la lu-

cha, pero que van mucho más allá de la lucha, que significan tener un corazón tierno para acercarnos al enfermo y pasar horas con él, así como el Señor se acerca a su pueblo enfermo para consolarlo. Esto implica ser alguien que está atento al abandono de los niños, a la falta de cariño; ser alguien que sufre por tantos que viven la situación de este lamento ayacu-chano. Rechazo del sufrimiento, corazón sensible y compasivo que se acerca al que sufre y por lo tanto práctica solidaria para hacer que ese sufrimiento desaparezca de la tierra. Eso es ser misericordioso.

Eso incluirá la cruz, evidentemente. En un mundo en el que predominan las fuerzas de aquellos a quienes no les importa la vida ajena, sino simplemente la vida propia, los que se acercan al que sufre, generosa y gratuitamente, como el Señor, son disfuncionales a la sociedad, son peligrosos; por eso la cruz es contexto inevitable para el misericordioso.

Una pregunta

Desde esa actitud de respeto, desde esa perspectiva de tratar de ver nuestra historia, iluminarla a la luz de la Palabra de Dios; con esta certeza de que Dios es rico en misericordia y que nosotros tenemos que ser los practicantes de Dios en este mundo, quisiera hacer la pregunta que delimita el tema del sufrimiento de hoy día.

La pregunta que quiero plantear es ésta: el sufrimiento de nuestro pueblo pobre ¿tiene un sentido salvífico? ¿hay una Palabra para todos aquellos hombres y mujeres que están como inutilizados en la sociedad, sabiendo que tal vez no tienen posibilidades de ser agentes de la historia? Su sufrimiento es espeso y oscuro y la pregunta podríamos hacerla también de otra manera: ¿qué hay de vida en ese sufrimiento que parece muerte? ¿cómo? Porque lo que sí sabemos es que el pecado es muerte, pero el sufrimiento no es necesariamente pecado, ni consecuencia del pecado personal, y creemos que el sufrimiento puede dar vida.

Quisiera aproximarme a este tema porque, si hay algo que uno recibe como un gran cuestionamiento desde otros sectores del mundo, es que muchos consideran que en este continente tan sufrido hay gérmenes de esperanza para el conjunto del mundo. Cabe preguntarse qué germen de esperanza es éste que viene envuelto dentro de un escándalo tan terrible.

I. UNA APROXIMACION: LOS CANTICOS DEL SERVIDOR

La Biblia ¿ilumina en algo esta pregunta por el sentido salvífico del sufrimiento de nuestro pueblo pobre? Yo quisiera aproximarme a esta cuestión a partir de los cuatro cánticos del servidor de Yahvé.

Contexto histórico y mensaje del profeta

Quisiera en primer lugar ubicar los cánticos en su contexto histórico, y ver cuál es el mensaje del profeta.

Los cánticos del servidor se encuentran en el libro de Isaías entre los capítulos 40 y 55, en el que se llama el segundo Isaías. El segundo Isaías, muy distinto y muy lejano del primero, escribe en la última década del exilio. Los 50 años de exilio en Babilonia fueron un tiempo de inmenso sufrimiento del pueblo y también de purificación. En los últimos años del exilio, surge el profeta en un contexto social muy especial, que tenemos que conocer para poder comprender el mensaje de estos libros. El gran drama que había vivido el pueblo fue la destrucción de Jerusalén y del Templo; lo que era su orgullo y su seguridad se vino abajo y hubo al principio de los años del exilio una sensación de terrible despojo. El libro de las Lamentaciones se queja ante Dios de todo lo ocurrido; y justamente por eso es un libro de esperanza en la vida pues si hay queja es porque se puede afirmar que ese Dios es vida; de lo contrario, no habría queja, sino que se separarían de ese Dios.

En el libro de las Lamentaciones se describe así la situación de miseria y hambre en Jerusalén: "Se agotan de lágrimas mis ojos, las entrañas me hierven, mi hígado por tierra se derrama, por el desastre de la hija de mi pueblo, mientras desfallecen niños y lactantes en la plaza de la ciudad. Dicen ellos a sus madres: "¿dónde hay pan?", mientras caen desfallecidos, como víctimas, en la plaza de la ciudad, mientras exhalan el espíritu en el regazo de sus madres" (Lam. 2, 11-12). Ese sufrimiento existe también hoy y tiene explicaciones que conocemos pero que muchas veces olvidamos.

En las Lamentaciones se dice que hay también matanza violenta: "por tierra yacen en las calles niños y ancianos; vírgenes y jóvenes cayeron en cuchillo, has matado en el día de tu cólera, has inmolado sin piedad" (Lam. 2, 21). Se ve gente destrozada, como actualmente, cuando de una manera tan injusta se están destrozando comunidades y caseríos: "titubeaban por las calles como ciegos, manchados de sangre, sin que nadie pudiera tocar sus vestiduras" (Lam. 4, 18a). Se describe también la tristeza horrible del corazón: "ha cesado la alegría de nuestro corazón, se ha trocado en duelo nuestra danza" (Lam. 5, 15). A través de estos textos podemos, aunque sea muy rápidamente, tocar la densidad del dolor humano de este pueblo.

Al final del exilio, el segundo Isaías nos habla también de la situación que se estaba viviendo, en la que se pueden resaltar tres características.

La primera es una conciencia de despojo: "Pero es un pueblo saqueado y despojado, han sido atrapados en agujeros todos ellos, y en cárceles han

sido encerrados. Se les despojaba y no había quién salvase; se les despreciaba y nadie decía: '¡Devuelve!' " (Is. 42, 22; cfr. 41, 14; 49, 7; 51, 7; 54, 11).

La segunda es una conciencia de dispersión; no hay organización, todas las organizaciones de ese pueblo se han deshecho y se halla disperso por todos lados; y éste es justamente uno de los mensajes del profeta: "Traeré a mis hijos de lejos y a mis hijas de los confines de la tierra" (Is. 43, 6b; cfr. 50, 4), permitiré que vuelva a constituir un pueblo la gente dispersa. Al leer este texto pienso en los refugiados en nuestro país y en tantos países de América Latina. Pero además en esa situación de despojo y de dispersión, hay un terrible desánimo y cansancio, ya no hay esperanza: "los jóvenes se cansan, se fatigan, los valientes tropiezan y vacilan" (Is. 40, 30; cfr. 44, 20; 45, 15; 49, 13, etc). En esta situación la tentación es dudar del Señor, preguntarse qué es de El, si vale la pena o no continuar siendo fiel al Señor. Llega a haber una duda muy profunda de fe, al cuestionarse qué significa ese Dios de nuestros padres, si pasan los años y seguimos en esta situación de desesperanza.

En este contexto surge el profeta conocido como el segundo Isaías. En el texto de los capítulos 40 al 55 hay tres ideas ejes. En primer lugar, un mensaje de consolación y esperanza del Señor a su pueblo, porque le duele verlo en esa situación; en segundo lugar, el mensaje anuncia que habrá un nuevo éxodo; "que las colinas se rebajen, que los valles se levanten, ¡porque viene el Salvador!" ¡Habrà una nueva liberación! y en tercer lugar, en ese mensaje continuamente se dirá que la tentación de idolatría presente tiene que vencerse para encontrar nuevamente la fe y la confianza en el Dios de nuestros padres, y esa distancia debe tenerse inclusive con los dioses de Ciro, el emperador persa, que es generoso y si bien invadía, respetaba y podía parecer aquel que traía la salvación. Efectivamente aparece en Isaías 40-55 como servidor del Señor, utilizado para traer la salvación. Pero tampoco hay que confiar en los dioses de Ciro. Es el Dios de Abraham, Isaac y Jacob el que tiene que ser encontrado de nuevo.

Quién es el servidor

Ese es el mensaje del profeta y en ese contexto, entre los capítulos 40 y 55, aparecen unos cánticos donde se habla de un cierto servidor de Yahvé, y que mucho han hecho escribir a especialistas y exégetas, acerca de si eran obras del segundo Isaías o interpolaciones; y si se refieren a un servidor o a varios. No es el momento de entrar en esas discusiones, sino simplemente resumir por dónde está la cuestión.

En primer lugar, si bien se duda de si los textos son de la misma mano o si son del mismo autor, quedan sin embargo

integrados en el conjunto del segundo Isaías y en su temática fundamental. Hay una unidad fundamental, dentro de una heterogeneidad de estos cuatro cantos.

En segundo lugar, hay una inacabable discusión sobre quién es este servidor. Algunos dicen que es todo el pueblo de Israel. Otros dicen que es esa porción fiel del pueblo a la que se llamó el resto de Israel. Otros dicen que sería un profeta y hay quienes dicen inclusive que puede ser el anuncio de un rey que reuniría a su pueblo después de mucho sufrimiento. Quiero adoptar, para esta charla, la idea de que el servidor es todo el pueblo de Israel y secundariamente ese resto fiel.

II. LOS CANTICOS DEL SIERVO Y EL PUEBLO SUFRIENTE

Señalaré ciertas cosas que me parecen importantes en cada cántico.

El primer cántico: mi elegido (Is. 42, 1-9)

"He aquí a mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma". En ese pueblo humillado, desalentado, al que el Señor quiere venir a sostener. No es un pueblo altamente preparado; en otros textos se dirá que es *despreciado*, que es considerado como gusano por los grandes. Sólo Dios cree en ese pueblo humillado. Dios no escoge al pueblo poderoso de Babilonia sino a ese pueblo humilde. "Mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido en quien se complace mi alma". En el Evangelio del bautismo de Jesús se toman justamente esos textos. "Aquí está mi hijo en quien se complace mi alma".

Este siervo tiene una *práctica*, ¿cuál es?: "He puesto mi espíritu sobre él: dictará ley a las naciones. No vociferará ni alzaré el tono, y no hará oír en la calle su voz. Caña quebrada no partirá, y mecha mortecina no apagará. Lealmente hará justicia, no desmayará ni se quebrará hasta implantar en la tierra el derecho, y su instrucción atenderán las islas".

Su misión es hacer justicia; y dictar ley a las naciones; luego el texto dice que hará lealmente justicia, es decir, no hará justicia como los opresores; sino que hará justicia misericordiosa, y su práctica de justicia estará llena de cariño humano; por eso no hablará fuerte ni demagógicamente. "No vociferará ni alzaré el tono", su manera de actuar será mucho más callada, mucho más honda, y muy profundamente preocupada por que los atisbos de vida no se mueran: "caña quebrada no partirá, y mecha mortecina no apagará". En este texto se subraya la calidad de la práctica del siervo, que no se deja contagiar por la mentalidad de los

poderosos, cuya práctica deshace, mientras que la práctica de hacer justicia del siervo está atenta a la mecha que se está apagando, da oportunidad al que está caído, para volverse a levantar, al que ha estado hasta ahora ciego le permite entrar en el camino de la vida. Así hará lealmente justicia y por eso tendrá tareas liberadoras.

En la segunda parte del texto se señalan tareas reales: "Yo, Yahvé, te he llamado en justicia, te así de la mano, te formé, y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes, para abrir los ojos a los ciegos, para sacar del calabozo al preso, de la cárcel a los que viven en tinieblas".

Son tareas liberadoras que tiene que cumplir este pueblo elegido y humilde, a partir de la calidad de su experiencia. El mensaje de este pueblo no está destinado solamente a las tribus dispersas de Israel, sino que se trata de un mensaje de humanización que está destinado *a toda la tierra*: "su instrucción atenderán todas las islas", se dice en la primera mitad del cántico, y en la segunda se insiste en el llamado a ser alianza, es decir, unión en el pueblo, y luz para las gentes, Dios llama al pueblo a iniciar, a partir de su condición humillada y humilde, una nueva práctica salvadora que permita que aquellos que están desalentados cobren aliento, y aquellos que están descubriendo la luz, pero no la ven aún claramente, puedan entrar en la luz.

Finalmente, el texto esboza cuáles son *los recursos* que cuenta ese pueblo para cumplir su tarea: "Yo, Yahvé, ése es mi nombre, mi gloria a otro no cedo, ni mi prez a los ídolos. Lo de antes ya ha llegado, y anuncio cosas nuevas; antes que se produzcan se las hago saber". Son dos los recursos que tiene el pueblo para llevar a cabo este camino profético de vida y de liberación. Su fuerza no está en su prestigio, -como la de los babilonios, o los persas- sino en Yahvé, el Dios de sus padres, el Dios amigo de la vida y fiel a la alianza. El único apoyo que debe tener para empezar esa caminata es el Dios de su fe. El segundo recurso importante que debe sostener a este pueblo, justamente porque está muy ligado al sentimiento de misericordia de Yahvé, es que su práctica responde a los anhelos más profundos de la humanidad. Da aliento al pueblo que hay en la tierra; da aliento a las islas.

El primer mensaje de este primer cántico es pues, el de un pueblo despreciado y humilde, pero elegido por el Señor; el Señor no elige al poderoso sino al pequeño y al despreciado. Es la práctica leal de la justicia, que trata de dar vida, la que dará calidad y será mensaje de aliento para toda la tierra; ese pueblo, para cumplir su vocación profética, viene a apoyarse sólo en la fe en su Dios para responder a los grandes anhelos de la humanidad.

El segundo cántico: asumirá conscientemente una práctica (Is. 49, 1-6)

Este segundo cántico presenta a mi parecer un eje central, y es *la tentación* del siervo: "por poco me he fatigado, en vano e inútilmente mi vigor he gastado. ¿De veras que Yahvé se ocupa de mi causa, y mi Dios de mi trabajo?" Es la duda acerca de ese Dios que le pide comprometerse en esa historia y cumplir esa misión, en un proceso donde pasan los años y no se ve el éxito. Surge la duda de si Yahvé se ocupa de su causa, el temor de estar desgastando sus fuerzas en vano e inútilmente. Es la tentación de la duda, del desaliento, la tentación de irse a dioses más eficaces, o a métodos más rápidos. La historia, en la medida en que muchas veces no se ve el resultado inmediato, debilita la fe. Esta es la crisis del servidor, la crisis del pueblo escogido por el Señor.

Pero este pueblo encuentra *la fuerza tonificante* que le permite empezar a caminar de nuevo, *en la memoria* de sus orígenes, de la que habla la primera parte del cántico, que es una afirmación muy fuerte de esa fe histórica. De ella nace un grito que es una proclamación a todo el mundo, a todas las islas.

"¡Oiganme, islas, atiendan, pueblos lejanos. Yahvé desde el seno materno me llamó; desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre. Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió; hizome como saeta aguda, en su carcaj me guardó. Me dijo: 'Tú eres mi siervo, Israel, en quien me gloriaré' " (en otras traducciones: que me trae muchas satisfacciones).

Lo que devuelve las fuerzas a este pueblo desmoralizado y que duda de su Dios, es la memoria de su experiencia primera, esa memoria tan marcada en los profetas -y aquí hay resonancias de Jeremías- que es memoria también de su vocación y de la fidelidad de Dios, que se manifestó en el pasado y que le permitió caminar con fuerza.

El siervo, entonces, empieza a caminar sabiendo que tiene una "boca como espada afilada", una misión de "saeta aguda" para traer la liberación; que es una flecha que Dios guarda en su "carcaj", o en su aljaba, es decir, que está a disposición de Yahvé, que en cualquier momento se servirá de él porque le amó, porque le escogió, porque le hizo espada.

El tercer cántico: oído y lengua de discípulo (Is. 50, 4-9)

Veamos ahora el tercer cántico del servidor. Este pueblo sufrido y despreciado ha pasado por la gran tentación de creer en dioses aparentemente más eficaces y está recuperando ahora los fundamentos más hondos de su

fe. Es un pueblo que empieza a caminar y también a descubrir cómo debe caminar.

En este cántico se percibe que la misión del profeta se va afirmando, pero esta afirmación se da en términos de *discipulado*. ¿Cuáles son los términos del discipulado? El primero es descubrirse una *lengua de discípulo*. La lengua es para hablar y esa palabra que el pueblo tiene que dar al conjunto de las naciones es una palabra alentadora, que permita al mundo desesperanzado, caminar. La lengua del discípulo lleno de Dios es aquella que permite alentar a un pueblo y hacer que se reúna, construir un proyecto, caminar.

En segundo lugar -y más profundamente para la tarea inmediata- el cántico señala que el Señor le da *oído de discípulo*, para escuchar continuamente ese llamado del Dios fiel, del Dios de la Vida; para no dejar de oír a ese Dios fuerte que lo amó y lo llamó a cumplir una misión. Es cuando escucha y no se resiste, que el pueblo se vuelve fuerte, capaz de hacer frente a todos los obstáculos. Entonces no le importa que le peguen, que le mesen la barba, no hurta su rostro, no se escapa. "Puse mi cara como piedra", dice el texto expresando que el tener oído de discípulo es lo que hará posible enfrentar las dificultades que conlleva ser testigo del Dios de la vida desde una práctica de discípulo. Ese oído de discípulo hace también que se desarrolle en él, desde una práctica, una fe sólida, "a sabiendas de que no quedaría avergonzado; cerca está el que me justifica. ¿Quién disputará conmigo?". La práctica de este pueblo servidor no es la de los que disputan, la de los demandantes ni la de los opresores, sino justamente una práctica contraria a la de aquellos que dominan a los pueblos y que se aprovechan de ellos. Esa práctica le producirá mucho dolor; pero es fuerte y humanizadora, y él no quedará avergonzado.

Este tercer cántico está centrado, en resumen, en el tema del oído del discípulo para ser fuerte en una práctica humanizadora desde Dios y la lengua de discípulo, para poder alentar a los que están sin esperanza, reanimar a las mechas mortecinas.

**El cuarto cántico: "Ante él cerrarán los reyes la boca"
(Is.52,13 - 53,12)**

Nos encontramos ante el cántico del servidor sufriente, que leemos en la celebración de la Pasión de Jesús. En este cántico aparece justamente la fuerza profética de este servidor, cuyo eje se encuentra en la frase: "ante él cerrarán los reyes su boca". En la perspectiva de que el cántico se refiere a un pueblo que tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía humano, se afirma que, así como muchos se asombraron porque no era un pueblo que valiera la pena, otro tanto se admirarán muchas naciones y ante él cerrarán

los reyes la boca, de asombro, de sorpresa, ante algo totalmente inaudito, ya que no habían esperado que algo ocurriera a partir de este sector despreciado de la humanidad.

Si esto ocurre, es como resultado de toda una práctica que va convirtiendo al mundo. En el texto se dice: "*no lo tuvimos en cuenta*" (Is. 53, 2), porque creció como raíz en tierra árida, casi muerta. Aparece como algo insignificante, casi nada, no tenía aspecto que se pudiese estimar; además aparece como "varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable", y por eso "no le tuvimos en cuenta".

Pero no sólo no se le tiene en cuenta, sino que se le considera *castigado por Dios*: "Nosotros le tuvimos por azotado, herido por Dios y humillado". No solamente es un pueblo despreciado, sino que justamente su situación de desprecio era considerada un signo de la condenación de Dios, del castigo de Dios. Es la opinión del opresor, del poderoso que no comprende lo que hay en las entrañas de un pueblo pobre, ni ve las causas de ese sufrimiento.

El tercer aspecto para resaltar en este cántico es justamente la afirmación de que el pueblo servidor "*soportó el castigo que nos trajo la paz*". Dice el texto: "*Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba*". El cántico invita a ir más allá de la constatación del sufrimiento; habiendo desechado la idea de que se debe a un castigo de Dios, presenta las verdaderas causas de ese dolor: "por nosotros", por nuestros pecados y dolencias, es que el servidor sufre. Hay acciones humanas que provocan ese sufrimiento, y que se ven cuestionadas por ese servidor sufriente. Al decir "*por nosotros*" el texto expresa que el opresor que empieza a descubrir esa causa del sufrimiento del pueblo, puede empezar un proceso de conversión y descubrir una relación humana, fraterna, con ese pueblo "*herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas*". Ciertamente es positivo que en el mundo se empiece a tomar conciencia de todo lo que se está haciendo padecer a los pobres de la tierra. Denunciar que existe una inhumana pobreza es necesario, pero no basta, hay que ver que los pobres cargan sobre ellos la maldición e injusticia de la humanidad, el pecado humano expresado también en injustas estructuras económicas y sociales. Y es ahí donde surge la conflictividad, cuando no sólo se descubre la pobreza, sino se pretende ir hasta sus causas.

Pero además el texto hace ver que desde esos pobres y oprimidos se gesta una nueva práctica humanizadora y humanizante, diferente de la de los opresores, y portadora de paz para toda la humanidad. En este cuarto cántico se manifiesta que ese pueblo sufrido es servidor en la medida en que en su práctica pone en juego lo mejor de sí. No se trata de idealizar al pueblo; sabemos bien que no es perfecto, que tiene fallas y tensiones a su

interior, que también está necesitado de conversión y reconciliación. El siervo hay que considerarlo, por eso, como pueblo de Israel y también como resto de Israel, como un pueblo que cuenta con gente inquebrantable que no se cansa de afirmar la vida a pesar de todos los pecados que le hacen cargar, y así alcanza una calidad y tenacidad de práctica salvadora que lo hace servidor del Dios siervo.

Jesús siervo, autor y conductor de la vida

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan en esos términos de Jesús, al narrar la curación de un tullido por la primera comunidad: "El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, glorificó a su servidor Jesús, a quien ustedes entregaron, renegando de él delante de Pilato, cuando éste había resuelto ponerlo en libertad. Ustedes renegaron del Santo y del Justo, y pidiendo como una gracia la liberación de un homicida, mataron al autor y conductor de la vida. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. Por haber creído en su Nombre, ese mismo Nombre ha devuelto la fuerza al que ustedes ven y conocen. Esta fe que proviene de él, es la que lo ha curado completamente, como ustedes pueden comprobar" (Hechos 3, 13-16).

La afirmación de que Dios "glorificó a su siervo Jesús" es una alusión a los cánticos del servidor. Es la práctica del servidor del Señor la que va a llevar a la glorificación; ella lo va a hacer centro de vida, camino de la auténtica humanidad.

Aquellos que no pudieron reconocer la práctica salvadora de Jesús, "mataron al autor y conductor de la vida". Es una alusión al nuevo Moisés que justamente porque es amigo de la vida, autor de la vida, es por su práctica un conductor que lleva al pueblo hacia la auténtica vida. Por eso Dios lo resucitó y a través de El ha devuelto la fuerza al tullido, lo hizo caminar.

Conclusión:

LA MISION DE UN PUEBLO QUE SUFRE

Para terminar esta reflexión preguntémosnos cuál es la misión de estos sectores pobres y sufrientes en este mundo en el que vivimos, de todos aquellos que viven esa experiencia de oscuridad pesada, de sufrimiento sin sentido.

En primer lugar, con tenacidad y humildad nuestro sufrido pueblo está generando una práctica de vida, paciente y valiente, que es una profecía para toda la humanidad, es un criterio de discernimiento de lo que es una práctica conforme a la voluntad salvífica de Dios para toda la humanidad.

El pueblo no se quiebra, a pesar de lo largo e intenso del maltrato; resiste, mantiene su lengua, su cultura; pero también genera vida nueva, sigue engendrando hijos, construyendo gérmenes de vida plena para toda la humanidad. Por eso su práctica en medio de su sufrimiento está cuestionando a los poderosos y satisfechos, está haciendo "*cerrar a los reyes la boca*", y está generando una corriente de solidaridad que desinstala a los grandes y que plantea la exigencia de una nueva manera de ser humanos, de nuevas relaciones sociales. Por su vida, por su sufrimiento y por su práctica, ese pueblo es así servidor del Dios de la vida, que purifica al mundo del pecado que produce ese sufrimiento.

En segundo lugar, esa misión del pueblo que sufre tiene mucho que decir en relación a la misión de la Iglesia. La Iglesia está llamada a ser ese "resto de Israel", esa porción creyente del pueblo que sufre, que lo ayude a no caer en la espesa desesperación, sino que aliente la esperanza del pueblo en el Dios de la vida, fiel y misericordioso, y anime su práctica de construcción de una vida más humana. La Iglesia tiene también la misión de hacer crecer en el mundo esa corriente de vida nueva que surge desde los hasta ahora despreciados de este mundo, y de impulsar la solidaridad entre y con los pobres, para verificar así su fidelidad a Cristo (L.E. 8).

Para asumir esa misión, nosotros como Iglesia debemos desarrollar ese "oído de discípulo" que escucha el clamor del pueblo y la voz de Dios, y esa "lengua de discípulo" capaz de pronunciar el mensaje profético que denuncie el sufrimiento y aliente la esperanza y la fuerza de nuestro pueblo. Es así que podremos tener una "práctica de discípulos" y ser seguidores de Jesús de Nazaret, el Dios siervo.

El sufrimiento humano es una realidad terrible y sobrecogedora. Quizá esta meditación sobre los cuatro cánticos del Servidor Sufriente nos permita comprender que ese sufrimiento de nuestro pueblo, en la medida en que desde allí se genera una práctica de rechazo, misericordia, solidaridad, como la práctica de Jesús, es profecía salvadora para todo el mundo. Que de eso podamos ser nosotros testigos. ¡Ojalá!